



LA VOCACIÓN A LA VIDA

LA VOCACIÓN FUNDAMENTAL A LA VIDA

Antes de abordar el tema de la vocación bautismal y de las vocaciones cristianas, conviene referirse, aunque sea brevemente al valor fundamental de la vocación a la vida. La sola existencia de la vida racional, es decir, de la vida humana, nos remite a un sentido que va más allá de sus límites. Los filósofos de todos los tiempos han reflexionado sobre esta realidad. Ya nos hemos referido a ello en la sección antropológica.

La vida adquiere un sentido sagrado cuando se comprende como un don de Dios. No se trata de un sentido mágico, sino de descubrir la responsabilidad que supone la recepción de este don. De esta manera podemos hablar de un primer llamado a la vida, al cual cada uno debe responder.

Lógicamente entrará en la dinámica propia de los dones de Dios. Lo que es gratuitamente recibido, deberá ser gratuitamente entregado. Este es el sentido fundamental de la vida. Con ella hay que hacer un don o un regalo. Por eso el amor oblativo es reconocido por todos como un signo de madurez personal. La persona llega a ser ella misma y plenamente responsable de su vida cuando se hace capaz de entregarla a favor de los demás.

Esto es lo que Jesús ha hecho: vivir una vida para el servicio. No ha venido a ser servido sino a servir. Todo su poder se transforma en servicio. En él reconocemos al hombre perfecto por-que su entrega fue perfecta. Este llamado fundamental es a ser persona, es decir, ser en relación, ser para los demás.

2.1 LA VOCACIÓN COMÚN BAPTISMAL

El término “vocación” es polisémico, es decir, se le atribuyen en la práctica diversos significados dependiendo del ambiente en que se emplee. Es utilizado en ambientes no cristianos para de-signar una forma de realización de la persona y de sus objetivos. También se habla de vocación cristiana, en el sentido genérico y común a todos los bautizados. Se aplica a las vocaciones específicas como la sacerdotal, la religiosa o la consagración secular. También se aplica a las diferentes formas de vida, e incluso a las situaciones de la vida como la enfermedad, la soledad, etc. En este capítulo queremos clarificar qué se entiende por vocación en cada uno de estos ámbitos desde el concepto cristiano de vocación.

Vocación y fe bautismal. La vocación es un don de la gracia que se da solamente en el contexto de la fe bautismal. Antes de ser llamada específica es una llamada a la conversión. Existe un nexo profundo entre conversión y vocación. Este nexo viene testimoniado por los textos bíblicos, en los que ambos acontecimientos se presentan unidos. A la conversión sigue la vocación. Pero este segundo hecho no ocurre mucho después, sino casi a la vez que la conversión. Son dos realidades que se implican mutuamente. Por esta razón hay que afirmar el carácter evangelizador de la pastoral vocacional. La promoción de nuevas vocaciones es a la vez promoción de nuevos cristianos.

Efectivamente, la historia de la salvación puede ser leída como historia de vocaciones, en la cual las personas forman como los eslabones de una cadena de dones de Dios que han conducido a la Iglesia a lo largo de su caminar. Edificar la comunidad cristiana es asumir un compromiso vocacional. La vocación es esencialmente seguimiento de Cristo y no se puede reducir a la mera realización personal, como se ha visto en la parte antropológica. Supone el amor vivo y personal a Jesucristo y el deseo profundo de reproducir sus rasgos en la propia existencia.

La vocación supone un desarrollo y a la vez una concreción de la fe bautismal. Es válida la comparación con un equipo de fútbol. Los jugadores al principio no tienen definida una posición. Simplemente son futbolistas. Pero al poco tiempo comienzan a tomar alguna posición, quizá ensayen varias. El punto es que ninguno sale oficialmente a la cancha de juego con la conciencia genérica de ser futbolista, sino con la idea bien específica de jugar en una posición y con un número a la espalda.

Muchos cristianos tienen sólo una conciencia genérica de la vocación. Saben que han sido bautizados, que son llamados al seguimiento de Cristo, pero no conocen su posición. La conciencia de la vocación específica es un síntoma de la maduración de la fe. Para que los creyentes adquieran conciencia de su vocación, y por ello conciencia plena de su bautismo, es necesaria la catequesis vocacional.

Sin cultura vocacional es difícil que las personas lleguen a descubrir un camino específico de seguimiento del Señor y a optar por él. Sin conciencia vocacional difícilmente se puede hablar de madurez cristiana. He aquí la importancia de evangelizar la vocación de todos los creyentes, precisamente para que lleguen a desarrollar convenientemente su fe.

La fe bautismal envuelve la vivencia vocacional. Es el humus de su existencia. Por ello el cuidado de la vocación está íntimamente relacionado con la vida de la gracia y la relación personal con Dios. No es posible una auténtica vivencia vocacional sin un recurso continuo a los sacramentos, a la oración y al acompañamiento espiritual, así como no parece posible la conversión sin el recurso a estos medios. La vocación es fundamentalmente vida espiritual.

La vocación de los no bautizados. En la sociedad actual cada vez somos más sensibles al punto de vista de los demás. Nos damos cuenta de que la fe cristiana no puede presentarse como la única opción y mucho menos imponerse. Es necesario entrar en diálogo con los demás valorando sus puntos de vista y reconociendo todo lo positivo que hay en ellos. Esto también ocurre en el terreno vocacional.

Los valores cristianos son una propuesta que conviene reconocer como válida y razonable. De ninguna manera excluyente, pero ciertamente distinta. Se propone una visión de la vida y del mundo, del presente y del futuro, que engloba e interpreta otras maneras de juzgar la realidad.

A primera vista, un concepto de vocación tan ligado a la fe bautismal parece excluyente. Surge la pregunta: ¿Y qué ocurre con los no bautizados? ¿No participan también del don de la vocación? ¿Cómo interpretar la entrega generosa y la vivencia de los valores trascendentes de tantas personas que viven su vocación desde otras religiones y culturas?

Indudablemente la vida entregada de tantas personas no bautizadas tiene un sentido y un valor vocacional. Todo cristiano deberá respetar y valorar ese sentido de vida. Aspiran a los valores trascendentes y los realizan desde su propia cultura. Con ellos compartimos la mayor parte de los retos y exigencias del camino vocacional. Su opción vocacional tiene exigencias muy similares a las nuestras. Sin embargo la motivación propia del cristiano es diferente. El sentido de la vocación se descubre con más claridad examinando los cinco valores de la vocación común o bautismal y los niveles de la vocación.

Los cinco valores vocacionales. Se pueden señalar cinco valores que son esenciales en toda vocación cristiana. Por eso les llamaremos los valores vocacionales. Pertenecen a todos los creyentes: la unión con Dios, el seguimiento de Cristo, la pobreza, la castidad y la obediencia. Vamos a explicarlos uno por uno, desde el punto de vista del amor o caridad, que define la espiritualidad cristiana:

La unión con Dios consiste en expresar el amor a quien es la fuente de ese amor. Jesús vivió este valor con intensidad, pasando a veces la noche en oración. Por su continua disposición orante muestra que es consciente del amor recibido del Padre y que intenta corresponder a ese amor. Efectivamente, amamos a Dios, pero no con el amor que deriva de nuestras limitadas capacidades, sino como un eco del amor indefectible de Dios. Por eso dice San Pablo que es el espíritu quien ora en nosotros (Rm 8,26). Un hombre unido a Dios por medio del silencio, de la reflexión y la oración, es un hombre más pleno y perfecto.

El seguimiento de Cristo. Este es el enfoque propio del cristiano. A un creyente no le basta con la simple unión con Dios. Él se une a Dios por medio de Jesucristo, a quien reconoce como Hijo de Dios. Profesa amor y adhesión personal y profunda a la palabra de Cristo, a los ejemplos de amor de Cristo, a su presencia amorosa en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía. El amor lleva naturalmente a la imitación de los valores que existen en aquél a quien amo. Cuando una persona se decide a reproducir en sí mismo los rasgos de Cristo (Gal 4,19), ya se encamina hacia su propia plenitud personal, porque en la persona de Jesús reconoce al modelo de hombre, al hombre perfecto.

La pobreza. Es el tercer valor vocacional. Consiste en lograr una libertad suficiente ante los bienes materiales, de modo que su posesión y su uso no esclavicen al hombre, sino que se muestre en medio de todas las cosas como dueño de sí mismo. Una persona creyente sabe en qué consiste el recto uso de los bienes. Nunca valora los objetos materiales por encima de las personas, al contrario, utiliza las cosas para hacer el bien, poniendo en práctica el consejo del Señor: con el injusto dinero, gánense amigos que los reciban en el cielo (Lc 16,9). La pobreza es una expresión del amor cristiano en torno a una de las necesidades fundamentales de la persona, que es el tener y el poseer. Gestionando los bienes materiales, hace el bien a todos, llenando su corazón de gratitud y de vida.

La castidad. Este valor consiste en la integración de la sexualidad en la personalidad. Hay castidad cuando la persona, por medio del lenguaje sexual, transmite el mismo mensaje que comunica por el lenguaje afectivo y racional. No hay rupturas notables en su interior, porque todo se halla en vías de ser integrado en una única personalidad. La persona casta sabe amar más, y quien sigue a Jesús por el camino de la castidad aprende a amar con profundidad cada día. La castidad hace más pleno al hombre porque le ayuda a transmitir con su cuerpo y su sexualidad el mismo mensaje amoroso que anhela transmitir con su afecto y su razón. La castidad es también una virtud cristiana. Traduzco en mi cuerpo la caridad que procede de Dios.

La obediencia. Es el quinto y último de los valores vocacionales. Consiste en poner por encima de la propia voluntad otros intereses mayores. Esto se hace movido por el amor. La obediencia puede entenderse como una serie de cuatro círculos concéntricos. El primero envuelve e interpreta a los demás, y representa a la voluntad de Dios; ningún buen cristiano es rebelde ante lo que comprende como voluntad de Dios. El segundo círculo es el de las necesidades del prójimo; a través de ellas descubrimos lo que Dios nos está pidiendo; soy obediente cuando permanezco disponible ante las necesidades de los demás. El tercero, es el de las necesidades comunitarias; me sé perteneciente a una comunidad cristiana y estoy dispuesto a ofrecerme para lo que en ella es una necesidad. Por último, el cuarto círculo representa a la autoridad dentro de esa comunidad; obedezco a un superior porque acepto que él interpreta de un modo cualificado la voluntad de Dios y las necesidades comunitarias. Una persona disponible y obediente es más plena y más libre. Su plena disponibilidad es una manifestación del amor siempre dispuesto de Dios.

Los cinco valores vocacionales se pueden resumir de la siguiente manera: La unión con Dios es como la cancha de juego. Desde este valor se interpreta todo lo demás. Ninguna cosa es admisible si me separa del amor de Dios. El seguimiento de Cristo es como el enfoque propio. El creyente lo interpreta todo desde su amor personal a Cristo y desde su afán de imitar su ejemplo. La pobreza, la castidad y la obediencia son caminos concretos, en cada uno de ellos se muestra que el amor de Dios es vivo y actuante en el creyente. Como se puede observar el amor está a la base de la interpretación cristiana de la vida... y es perfectamente accesible a todos.

Ahora bien, los valores vocacionales de la unión con Dios, la pobreza, la castidad y la obediencia, tal como han sido explicados, no sólo son vividos por los cristianos. Las personas de otras religiones y otras culturas también los viven. ¿Quién puede dudar, por ejemplo, del régimen de castidad y de pobreza de un monje del Tibet? Ellos en muchas ocasiones harán realidad estos valores incluso con mayor perfección que un cristiano. Por eso, lo que hay que subrayar es el enfoque propio, es decir, el amor personal a Jesucristo y su seguimiento. Es precisamente lo que hemos hecho al definir la vocación como una gracia. La vocación en sentido cristiano sólo se entiende desde la amistad personal con Jesús.

Ahora se entiende mejor que la vida cristiana es una propuesta abierta; que no abriga pretensiones de superioridad sobre los demás, antes al contrario, tiende a respetar y valorar profundamente la búsqueda vocacional que existe en otras culturas y otras religiones. El hecho de que esto se reconozca constituye una gran exigencia para el cristiano.

La vocación es una experiencia englobante de la personalidad. Es todo el hombre y toda su vida la que se pone en juego ante el llamado de Cristo. Por eso podemos describir cuatro niveles de comprensión y de vivencia de la vocación:

El nivel humano El primer y fundamental llamado que experimentamos es el llamado a ser hombres y mujeres. Se trata de asumir de manera consciente y libre la propia naturaleza humana. Hemos sido llamados por Dios a la vida, al desarrollo personal, a una personalidad integral. Los cristianos entendemos este llamado como una gracia, es decir, como un don de Dios. El proyecto de Dios consiste en eso: que lleguemos a ser hombres en plenitud. Y pedimos la ayuda del Espíritu Santo para ir consiguiendo, poco a poco, este ideal.

Dice el Concilio Vaticano II: Cristo muestra al hombre lo que es el hombre, y así le descubre la sublimidad de su vocación (G.S. 22). Si algo llama la atención de la persona de Jesús, de su modo de vivir y de morir, es

precisamente su perfección humana. Reconocemos en Jesús al modelo de hombre perfecto que todos estamos llamados a ser. Vivir con conciencia el nivel humano de la vocación implica comprenderse a sí mismo siempre como persona en camino, que se está haciendo, y no como alguien ya completo, ya perfecto. Es aceptar el reto de un continuo crecimiento y maduración; es buscar el equilibrio y anhelar la más plena realización de todas las dimensiones de la persona.

El nivel humano de la vocación incluye también una perspectiva comunitaria. Se trata de establecer relaciones humanas ricas y armónicas, de caminar hacia un estilo de convivencia fraterna, de afrontar la dimensión política de la existencia, de crear caminos para la justicia y la paz.

Hay que decir que ser seguidor de Jesucristo exige, primera y fundamentalmente, aceptar el reto de llegar a ser hombre en plenitud. De modo que la conciencia de la fe lleva inmediatamente a la conciencia de los valores humanos y a la necesidad de conseguir un desarrollo personal adecuado. Nada más lejano de la vida cristiana que ese hombre disminuido, apocado, desequilibrado, que ha caricaturizado tristemente al hombre religioso. La formación humana está a la base de cualquier proyecto vocacional, y se hace especialmente presente en las casas de formación para el sacerdocio o la vida consagrada.

El nivel cristiano. Somos llamados por Dios a la fe y a la conversión, a vivir en el marco del Reino de Dios y a construirlo con nuestro trabajo de cada día. Este nivel consiste en aceptar a Jesús como el Hijo de Dios y establecer con él una relación personal de amor y seguimiento.

Partimos de la conciencia de que este amor no ha brotado de nuestra propia iniciativa, sino del mismo Señor: No me eligieron ustedes a mí, fui yo quien los elegí a ustedes. Y los he destinado para que vayan y den fruto abundante y duradero (Jn 15, 16). La experiencia del seguimiento de Jesús es una vivencia de fe. No se trata de una mera búsqueda religiosa, ni de una inclinación natural por los valores trascendentes, sino de un amor viva y realmente experimentado, que ha irrumpido en la vida del hombre y le muestra un nuevo modo de ser y de vivir. El creyente es siempre un testigo del amor personal de Jesús.

El nivel cristiano de la vocación implica antes que nada la apertura a la vida de la gracia. El creyente se descubre a sí mismo como discípulo del Señor y por ello vive una continua amistad con él, que se renueva en la participación en los sacramentos.

Pero este dato fundamental se complementa con el camino humano que el hombre emprende para llegar a ser discípulo, y contiene dos elementos básicos: la oración y el acompañamiento. La fe y la conversión implican un continuo abrirse a la Palabra de Dios por medio de la oración. Jesús mismo recorrió un camino perseverante de oración, por el que llegó a comprender la voluntad del Padre y enseñó a los discípulos este valor. El discípulo tiene también la necesidad de una instancia clarificado-ra en su camino de fe, de un acompañante.

La vocación cristiana tiene también su dimensión comunitaria. El hombre se sabe llamado a participar en una comunidad que tiene como centro la liturgia y la oración y emprende tareas evangelizadoras. El discípulo es un hombre comunitario, capaz de compartir la vida con los demás hermanos e inclinado a trabajar en equipo. Nada más contrario a la vocación cristiana que un afán individualista o protagonístico.

El nivel cristiano de la vocación es también llamado vocación común, porque contiene los cinco valores vocacionales que se han explicado, y que pertenecen a la fe bautismal. Esta vocación común no está completa si no se especifica en el siguiente nivel.

El nivel específico. En este nivel la vocación adquiere un nombre propio. En la iglesia existen tres vocaciones específicas: la de los laicos y laicas, la de los religiosos y religiosas y la de los ministros ordenados. Habitualmente se utiliza el término “vocación” para referirse a la vocación común, y se recurre al plural “vocaciones” para referirse a las vocaciones específicas. Estas tres vocaciones se explicarán ampliamente en el capítulo siguiente.

Ahora lo que más interesa es dejar muy claro que existe este nivel de la vocación, y que es necesario cultivarlo y catequizarlo. Es deseable que todos los cristianos puedan dar plena razón de su vocación, la comprendan y la sepan explicar, para que también la puedan vivir con un mayor grado de intencionalidad y de libertad. Por aquí se puede entrever la importancia de una adecuada catequesis vocacional dirigida a todos los creyentes, y especialmente a los jóvenes cristianos.

Pueden existir personas e instituciones que participan de dos vocaciones específicas. En concreto está el caso de los religiosos que además son ordenados. El derecho distingue entre instituciones religiosas laicales y clericales. En el proceso formativo de estas vocaciones se distingue claramente cómo lo primero es ser religioso y hacer la correspondiente profesión, y lo segundo es ser ordenado. Sin embargo hay que señalar que los religiosos que a la vez son clérigos están obligados a participar de la vida del presbiterio.

El nivel institucional. Toda vocación se vive en la pertenencia a una institución concreta, con sus grandes valores y también con sus retos y deficiencias. No se puede dejar de lado esta realidad. Las instituciones vocacionales ofrecen los medios para el acompañamiento, la formación y el discernimiento de la vocación específica. Ofrecen cauces concretos que se han ido tejiendo en relación con la realidad. Las instituciones vocacionales son parte de la Iglesia. Participan de su sentido divino y del misterio de Cristo presente en ella, pero también de sus condiciones humanas, históricas, limitadas.

Son instituciones vocacionales un presbiterio, una orden o congregación religiosa, un instituto secular, una sociedad de vida apostólica, una pía unión, una asociación de vírgenes consagradas, etc. La pertenencia a una institución no es algo de poca importancia. Toca el corazón de la experiencia vocacional por medio de un carisma específico y promueve un estilo legítimo para vivir la vocación específica. Además crea vínculos jurídicos, históricos y afectivos. Cada persona vive su vocación en una institución determinada.

El matrimonio es también, a su nivel, una verdadera institución, tanto en el plano civil como en el religioso. Un matrimonio cristiano es ámbito donde se cuida y sostiene la vocación de los esposos, y también donde se educa y posibilita la vocación de los hijos y de otras personas que participan de la familia. Por ello ha recibido el nombre de iglesia doméstica.